

*El trabajo de campo
en el análisis de documentos indígenas
de índole geográfica-histórica*

Hans Roskamp
EL COLEGIO DE MICHOACÁN

Introducción

Los documentos indígenas (tanto pictografías como escritos alfabéticos) generalmente contienen una gran cantidad de referencias geográficas: poblaciones, cerros, ríos, caminos, etcétera. La correcta interpretación e identificación de estos elementos espaciales constituyen pasos elementales en el análisis del mencionado material. Sin olvidarnos de la historia (trabajo de archivo) y de la lingüística (análisis etimológicos), resulta de primordial importancia realizar trabajo de campo etnográfico y geográfico en la localidad o la región señalada en los documentos. En el presente escrito se pretende demostrar tanto los alcances como límites de este procedimiento, cuyo éxito depende de una amplia gama de factores como -por ejemplo- las continuidades y transformaciones en la ocupación del espacio y el uso de la(s) lengua(s), así como la existencia y naturaleza de una tradición oral relacionada con diversas características del paisaje. Las reflexiones se basan sobre todo en nuestras propias investigaciones realizadas en Michoacán pero también tocan

varios trabajos relevantes efectuados por diversos colegas en el centro y sur de México. Los ejemplos utilizados constituyen una selección pequeña pero representativa de la muy amplia gama de información que se encuentra disponible.

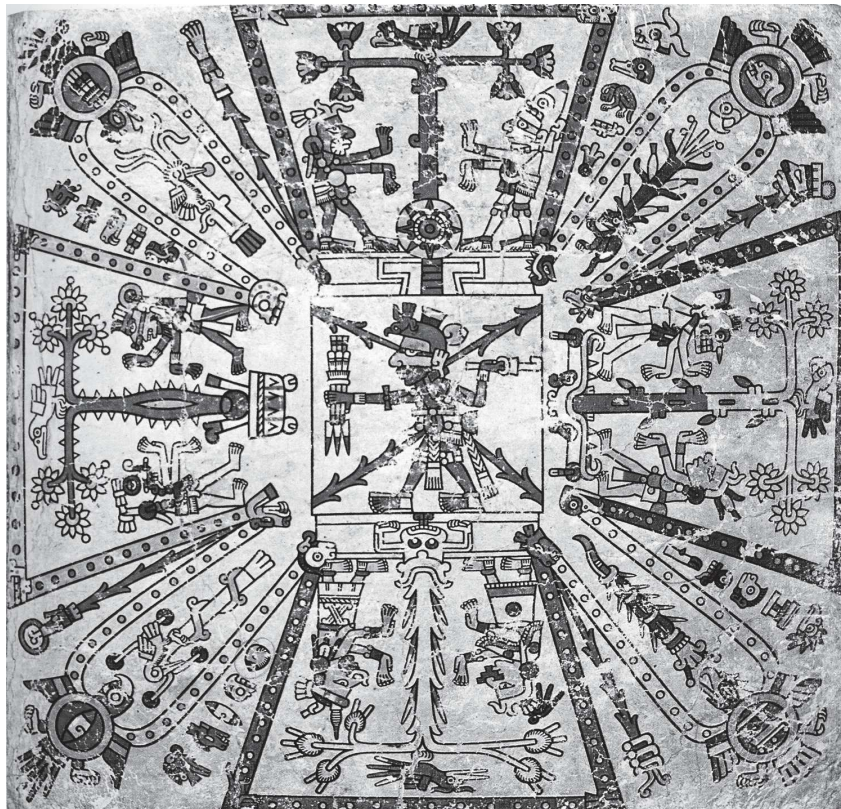
A vuelo de pájaro

A principios del siglo XVI, al momento de la llegada de los conquistadores españoles, los pueblos mesoamericanos ya habían desarrollado sus propias tradiciones cartográficas, logrando proyectar sus entornos geográficos, geopolíticos y arquitectónicos sobre diversos soportes planos, de los cuales muy pocos lograron sobrevivir los estragos del tiempo (Oudijk y Castañeda 2011). Solamente contamos con una quincena de manuscritos prehispánicos, la mayoría de carácter calendárico-ritual y otros con un contenido predominantemente histórico. En este último caso se trata de libros que nos describen el origen de la Mixteca y la creación de sus linajes nobles, así como la fundación y expansión de sus principales señoríos. Cabe agregar que fue apenas a partir de mediados del siglo XX, con los trabajos pioneros de Alfonso Caso, que se empezó a lograr la identificación de los complejos glifos toponímicos, lo que permitió relacionar los propios códices y sus contenidos genealógicos con sus respectivos lugares de procedencia (Doesburg 2001: 145-148). Los pueblos, cerros y recursos acuáticos pintados en estos documentos sirven para ubicar los orígenes, desplazamientos y otras acciones de los protagonistas, implicando que la información cartográfica se encuentra sujeta a la narrativa histórica y la cronología de los diversos sucesos.¹

Los mesoamericanos también elaboraban documentos en que el énfasis recaía claramente sobre los aspectos espaciales. Si bien todos los ejemplares se perdieron, se hace amplia mención de su existencia en los testimonios de los primeros conquistadores y evangelizadores. Según Sahagún (1989, lib.VIII, cap.XVII: 522-523), los mexica elaboraban mapas de los pueblos enemigos (probablemente sobre papel de

¹ No debemos olvidar que en la cosmovisión indígena, el tiempo y el espacio eran inseparables, como queda bellamente ilustrado en la primera página del *Códice Fejérvary-Mayer* (fig.1), uno de los manuscritos calendáricos (Anders, Jansen y Pérez 1994).

amate, tela o piel animal) y posteriormente los estudiaban para planear sus campañas de conquista. Los guerreros tarascos seguían la misma estrategia pero al parecer hacían sus dibujos en el suelo (Alcalá 2008:192). Otras referencias tempranas nos remiten a Hernán Cortés quien llegó a conocer una tela grande en que se habían marcado todos los dominios de los mexica y los de sus enemigos. También vio un mapa de la ciudad de Tenochtitlan que mostraba sus edificios, calzadas y recursos acuáticos. Ambos documentos fueron mandados a España en 1522. Anteriormente, el conquistador ya había recibido otros mapas indígenas: uno de toda la costa y otro de caminos en Tabasco y Xicalango (Asselbergs 2004: 25-26).²



**Fig.1 Primera página del Códice Fejérvary-Mayer
(Museo de Liverpool, Inglaterra, núm. 12014/M; Anders, Jansen y Pérez 1994)**

² Las representaciones de conjuntos arquitectónicos y de cuerpos de agua (ríos, manantiales) también forman parte de la amplia gama de petrograbados, presentes en múltiples sitios arqueológicos del clásico y posclásico. Cuentan con una amplia cobertura geográfica y entre sus exponentes más impresionantes se encuentran las enigmáticas maquetas, como las de Plazuelas en Guanajuato (Castañeda y Quiroz 2004:156-157), entre otras.

Entre los numerosos mapas indígenas de la época colonial temprana, existen muchos que retoman temáticas y/o estilos iconográficos de ejemplares prehispánicos. Sin embargo, mientras que algunos respetan las antiguas convenciones, otros muestran diversas transformaciones de menor o mayor envergadura debido a la introducción de elementos iconográficos y cartográficos de la tradición europea, así como la anotación de glosas en alfabeto latino (véase p.e. Mundy 1996). La naturaleza de los cambios y la velocidad con que fueron incorporados, varía de acuerdo al tema del documento, la región o localidad donde fue elaborado y la identidad de su(s) autor(es). Incluso hubo pueblos indígenas que emplearon mapas sin ninguna presencia de convenciones indígenas. Un ejemplo temprano de lo anterior es el Mapa de Santa Fe (fig.2), pintado en la década de 1540, posiblemente por parte del alcalde mayor de Michoacán (Roskamp 2011). Casos como el anterior muestran que la definición de mapas (o cualquier tipo de documentos) indígenas no debería basarse exclusivamente en criterios estilísticos sino también en los temas y el contexto más amplio de su manufactura y usos.

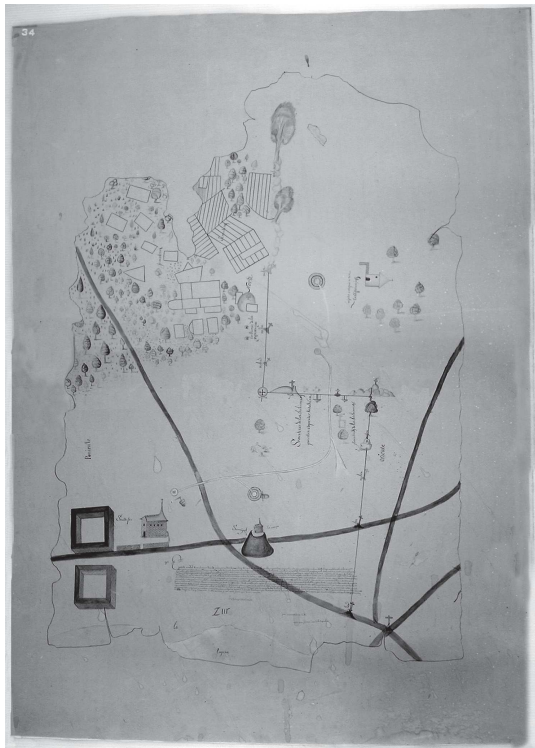


Fig.2 Mapa de Santa Fe de la Laguna (copia de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, México, núm. 35-105; Roskamp 2011: 160)

La considerable gama de los documentos coloniales con elementos cartográficos dificulta su catalogación en rubros bien definidos, un problema no ajeno al campo general de estudios de la escritura mesoamericana. La categoría más grande sin duda incluye aquellos manuscritos que ponen énfasis en la representación de los espacios geográficos (al tamaño micro o macro) y que se acercan más a la cartografía moderna. No obstante, existen numerosos documentos en que la información geográfica se encuentra relacionada con -o sujeta a- narraciones históricas, genealogías y listas de tributos, entre otras. En algunos casos, las referencias espaciales no son tan evidentes y solamente pueden identificarse mediante un análisis más profundo del contenido y contexto. De esta manera el *Lienzo de Tabaá* (Oaxaca) muestra una genealogía de gobernantes (con sus respectivos antropónimos) y textos que indican sucesos históricos y linderos del pueblo (fig.3): la ubicación de los topónimos en el documento corresponde a un mapa del territorio (Oudijk 2000: 185-208).



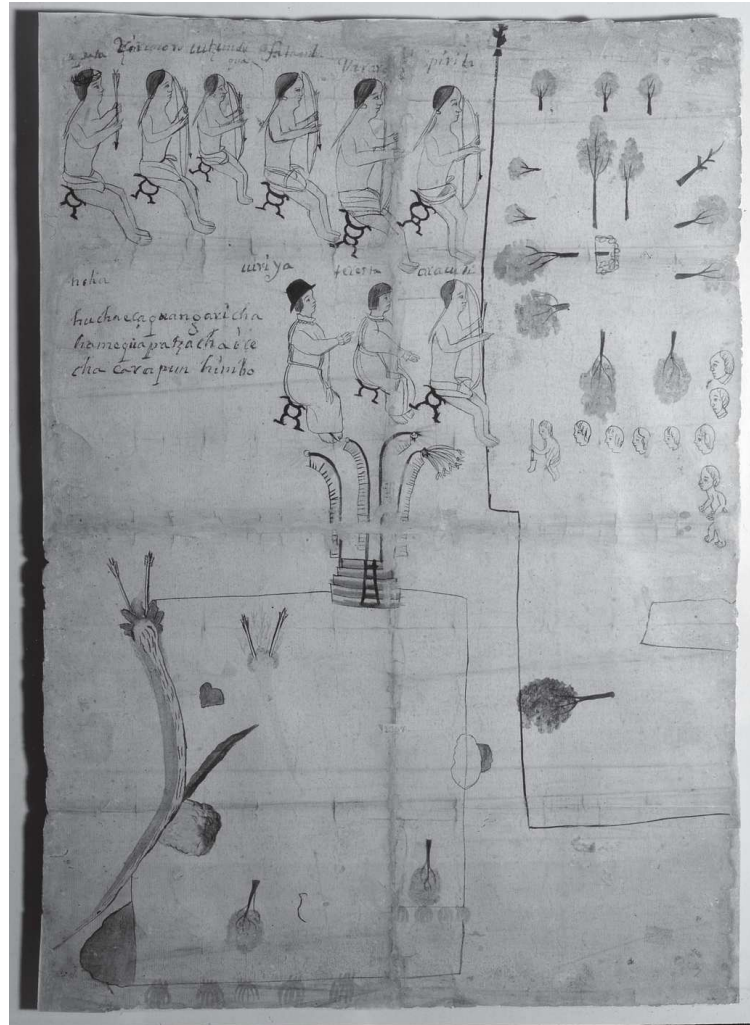
Fig.3 Lienzo de Tabaá
(copia de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia,
México, núm. 35-114; Oudijk 2000, fig. 28)

Otro caso es un escudo de armas de Tzintzuntzan (fig.4) que en su margen incluye una serie de topónimos que podrían ser linderos coloniales o asentamientos sujetos de la capital de los tarascos prehispánicos (Roskamp 2002).



Fig.4 Escudo de armas de Tzintzuntzan
(*Archivo General de Indias, Sevilla, Escudos y Árboles Genealógicas*,
núm. 168; Roskamp 2002: 238)

Un tercer ejemplo (fig.5) ya no corresponde al siglo XVI sino al polémico género de los *títulos primordiales* de la época colonial tardía. Una fila de nobles sentados al lado de unas tierras parecen representar los puntos límites del pueblo de Carapan (Roskamp 1998: 248).



**Fig.5 Códice de Carapan
(Museo Regional
Michoacano, Morelia:
Roskamp 1998, fig. 33)**

No cabe duda de que los diversos mapas coloniales tuvieron un papel muy importante para los pueblos indígenas que buscaron defender sus antiguos derechos y privilegios -o adquirir nuevos- ante las autoridades españolas. Debemos tener en cuenta que en el transcurso de la época colonial, los antiguos señoríos se convirtieron en *pueblos de indios* con sus propios cabildos y una fuerte base territorial, mientras que la administración prehispánica se basaba sobre todo en las relaciones o lazos

personales entre gobernantes y súbditos (Hoekstra 1990: 70). Este proceso de territorialización implicó la generación de numerosos mapas, empleados en los propios deslindes, pleitos jurídicos y otras situaciones en que se requería su presentación. Los títulos primordiales de la época colonial tardía y en especial el subgénero de los documentos *Techialoyan* (siglos XVII-XVIII) podrían ser considerados como la última manifestación de la cartografía indígena que todavía recoge varias convenciones y temáticas mesoamericanas. No obstante, en fechas recientes se ha descubierto que la producción de títulos de tierras de los pueblos indígenas conoció otro auge hacia fines del siglo XIX (Barrera y Barrera 2009), como nos demuestra un ejemplo de Jiquilpan (fig.6). Además, debe tenerse en cuenta que los documentos antiguos a menudo fueron copiados y muchos de ellos fueron conservados y usados hasta hoy día, sobre todo en situaciones de conflictos agrarios. La información que contienen, en numerosas ocasiones incluso fue empleada por los agrimensores del Estado que hacia fines del siglo XIX y sobre todo en el transcurso del siglo XX intentaron delimitar las tierras de los pueblos indígenas y las registraron en mapas modernos de carácter científico.

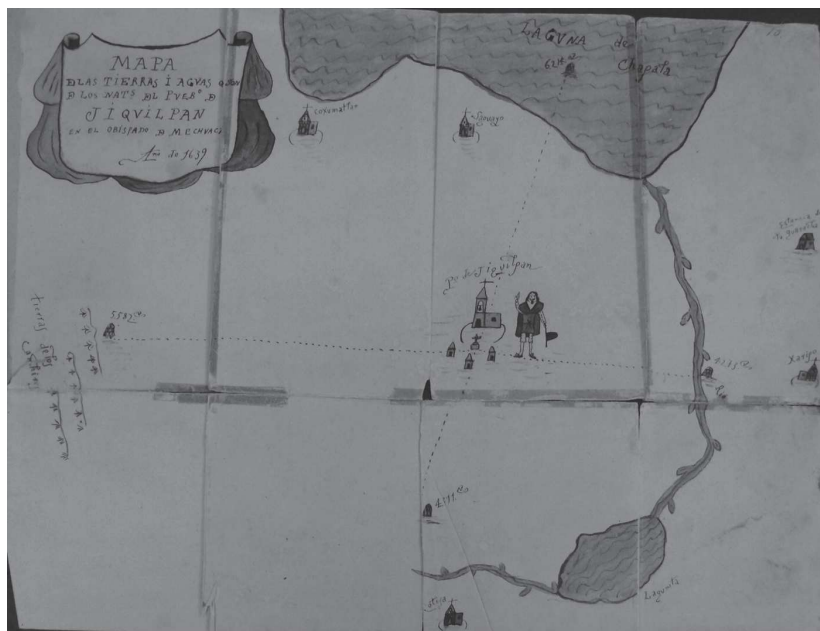


Fig.6 Título de Jiquilpan
(Archivo General de la Nación, México, Colección de Documentos y Títulos de Tierras, caja 13, exp. 3)

Entre el cubículo y el campo

En términos generales, el estudio crítico de las representaciones espaciales de los indígenas debería incluir el mismo procedimiento que los casos de los textos en escritura alfabética y de las imágenes. Me refiero básicamente a los tres niveles del análisis filológico propuesto por Friedrich Ast que en los años treinta del siglo XX fueron retomados por el historiador del arte Erwin Panofsky (Burke 2001: 35-36):

- 1) El nivel literal o gramatical de los textos corresponde a la descripción e identificación de objetos y sucesos en las imágenes (la pre-iconografía).
- 2) El nivel histórico en el análisis de los textos equivale a la iconografía en el caso de las imágenes: ambos nos remiten a los significados convencionales de los contenidos.
- 3) El nivel cultural en la filología y su contraparte iconológica nos llevan a los propósitos o sentidos de las obras en cuestión, enmarcados en un determinado contexto histórico, social y cultural (el *Zeitgeist* en alemán).

En los años ochenta del siglo pasado, los niveles de Panofsky llegaron a formar la base para la llamada etnoiconología cuyo principal objeto de investigación son los sistemas de escritura pictográfica de origen mesoamericano. La propuesta metodológica parte de la existencia de una fuerte continuidad cultural y requiere de la colaboración con los grupos indígenas actuales, comprometiéndose con sus luchas sociales y culturales (Jansen 1988). El estudio de los indígenas del presente, mediante la etnografía, constituye un elemento fundamental de la llamada etnohistoria -a la que se adscribe la etnoiconología- en que se combinan información y herramientas de diversas disciplinas de las ciencias sociales y de las humanidades: historia, antropología, lingüística, geografía y arqueología (Chance 1996, Romero Frizzi 2001). Las investigaciones realizadas y publicadas en las últimas cuatro décadas, muestran que los resultados de estos enfoques multi- e interdisciplinarios son bastante positivos. Uno de los temas que más se prestan para la investigación etnohistórica es precisamente la representación del espacio, sobre todo porque en numerosos casos

existe una marcada continuidad en la ocupación y significación de los entornos físicos por parte de los pueblos indígenas que nos puede ser de gran utilidad en el análisis de la documentación prehispánica y colonial. Podríamos mencionar, por ejemplo, la ubicación de los asentamientos modernos, el uso de la toponimia (tanto en idioma indígena como en español), la explotación de recursos naturales (manantiales, tierras agrícolas, lagos, etcétera), así como la asociación de determinados rituales y narrativas con lugares específicos (cerros, cuevas y manantiales, entre otros). Cabe resaltar que la azarosa historia agraria de México con sus continuos conflictos sobre los territorios locales y regionales implicó la elaboración y conservación de una cantidad impresionante de documentos y tradiciones orales que en términos generales abarcan desde principios del siglo XVI hasta el presente.

Los alcances del trabajo etnográfico en el análisis crítico de las representaciones indígenas del espacio por supuesto dependen de varios factores. Una condición *sine qua non* para siquiera poder emprender trabajo de campo, es la identificación de la localidad o por lo menos el área general tratado en la documentación. Un buen ejemplo es el trabajo pionero de Alfonso Caso quien hacia mediados del siglo XX detectó varias concordancias toponímicas y antroponímicas en el *Mapa de Teozacualco* (fig.7) y en algunos códices del suroeste mexicano, llevándolo a determinar que todos proceden de la región mixteca (Doesburg 2001: 147-148). Retomando esta importante base, otros autores lograron profundizar el estudio de los aspectos geográficos del corpus documental, realizando sus propios recorridos y recurriendo a los conocimientos de los actuales pobladores (Anders, Jansen y Pérez 1992: 35-53). Lo anterior obviamente es imposible si se desconoce la procedencia de los manuscritos, como consta por ejemplo del llamado *Códice de Chilchota* (fig.8) que al parecer no tiene nada que ver con esta cabecera michoacana sino más bien corresponde a otro pueblo aún no precisado (Roskamp 1998: 70).

Una vez identificada la localidad o región de origen, el grado de éxito de la investigación depende en gran medida de nuestras posibilidades de relacionar los elementos representados en la documentación con la realidad espacial que encontramos en la prospección geográfica. Factores claves son sobre todo la continuidad de tanto los propios espacios físicos como sus usos y significaciones por

parte de los pobladores (indígenas y mestizos). El ya referido trabajo etnográfico en Teozacualco, por ejemplo, combinado con el estudio de documentación adicional de la misma época colonial, permitió la identificación y localización de numerosos elementos que se encuentran pintados en el famoso mapa de este lugar, elaborado en el siglo XVI. Sin tener la intención de enumerar todos los detalles, se pueden mencionar el manantial de la Peña Colorada, diversos ríos como el Yute Nucoso (Río del Mono), el mojón de Yuu Usha (Siete Piedras), el Cerro del Pajarito (Yucu Saa), la cabecera de Teozacualco y sus asentamientos sujetos, así como una serie de caminos (Anders, Jansen y Pérez 1992: 35-53).

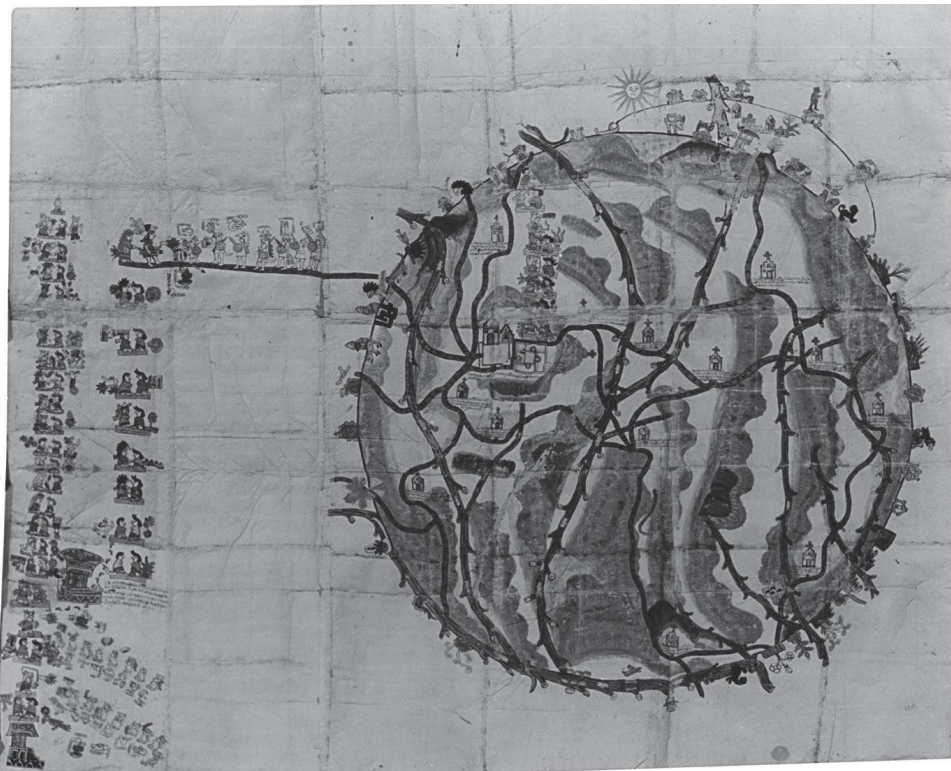


Fig.7 Mapa de Teozacualco
(*Benson Latin American Collection, Universidad de Texas, Austin, JGI xxv-3*)

Por supuesto tampoco se puede dejar de señalar el caso del *Códice Zouche-Nuttall*, en específico la página 36 con la famosa representación prehispánica del valle de Apoala (fig.9), cuya interpretación muestra que concuerda con el actual entorno geográfico (*ibid.* 165, Anders y Jansen 1988: 171-173).

Veamos también el caso del *Lienzo de Pátzcuaro* (siglo XVII) que pertenece a Carapan (Michoacán) y que representa linderos de las tierras, caminos y manantiales. Entre los últimos se encuentra uno llamado Xumio, al parecer de tamaño mayor que todos los demás y ubicado en una parte alta (fig.10). Al hacer el registro de los abundantes recursos acuáticos del pueblo y compararlos con las indicaciones documentales, el lugar pudo ser identificado con alta probabilidad como el Parque Óstacuaro. Si bien los flujos de agua en esta área se encuentran canalizados e incluso entubados desde la segunda mitad del siglo XX, los pobladores se acuerdan que antes la situación era diferente y que el líquido brotaba de todas partes y a alta presión, causando un tipo de espuma o neblina que en lengua p'urhépecha se llama shumu. El antiguo topónimo parece haber caído en desuso después de las modificaciones relativamente recientes en el espacio físico (Roskamp 1998: 214).

Fig.8 Códice de Chilchota (Museo Regional Michoacano, Morelia: Sánchez y Boehm 2005: 110)

Un cuarto ejemplo nos remite nuevamente al *Mapa de Santa Fe*, en que aparece pintado un pequeño peñol con un templo colonial que representa el pueblo de San Miguel Guarapu (fig.11a). El lugar todavía existe, aunque completamente partido debido a su explotación como banco de arena, y es conocido únicamente como Guarapu (o Uarapu) por los habitantes de los pueblos vecinos (fig.11b). Los cimientos de la estructura religiosa -aún visibles en 1884- ya desaparecieron pero se sigue encontrando otros vestigios que indican una ocupación desde tiempos prehispánicos (Roskamp 2011). En un mapa de la Laguna de Pátzcuaro (fig.11c), probablemente también elaborado hacia mediados del siglo XVI, Guarapu aparece con el nombre de

Varapo (Seler 1908: 66. il.17). La *Relación de Michoacán* (1539-1541) y otros documentos contemporáneos se refieren al mismo lugar con el nombre de Capacurio y Capaquareo, resaltando su estatus como importante cabecera al momento de la conquista española y primeros años del dominio colonial. Además, cuando la diosa Xaratanga del cercano Tzintzuntzan provocó la división y el éxodo de diversos grupos de pobladores con sus respectivas deidades patronales, los miembros del linaje uacúsecha y su dios Curicaueri se refugiaron en el mismo peñol (Alcalá 2008: 28). El estudio de los documentos cartográficos, otras fuentes tempranas y reportes inéditos de investigaciones arqueológicas, así como la realización de diversas exploraciones con la ayuda de los actuales pobladores, también permitieron identificar la probable ubicación de San Miguel Cutzaro, otro asentamiento clave del *Mapa de Santa Fe* que actualmente corresponde a un sitio arqueológico que constituye el lindero entre Santa Fe y la mancha urbana de su cabecera municipal, Quiroga (Roskamp 2011).

Como ya quedó señalado, existe una gran variación en los resultados del trabajo de campo aplicado a la documentación de carácter cartográfico. Frecuentemente existen problemas en relacionar los contenidos de la documentación con la realidad geográfica. Esto ocurre por ejemplo en el caso de los códices *Techialoyan* del valle de Toluca y otras partes del Estado de México, donde la explotación de recursos naturales y la intensa urbanización, así como la disminución y desaparición completa de idiomas indígenas y poblaciones antiguas, han provocado cambios profundos en la geografía, toponimia y en la memoria colectiva de los indígenas y grupos mestizos. No obstante, sí es posible obtener logros importantes, como se ha demostrado en el caso del ejemplar de Xonacatlan (Martínez 2007: 66-67). También en situaciones de urbanización y transformaciones adicionales más extremas, como en la Ciudad de México, resalta la efectividad de instrumentos modernos como la Guía Roji y por supuesto el propio trabajo de campo para la identificación de antiguos pueblos y caminos en documentos como el *Códice Cozcatzin* (fig.12, Valero 1994 y Castañeda 2006: 61-68).

Naturalmente existen otras situaciones en que los recorridos geográficos y el trabajo etnográfico adicional resultan ser extremadamente difíciles.

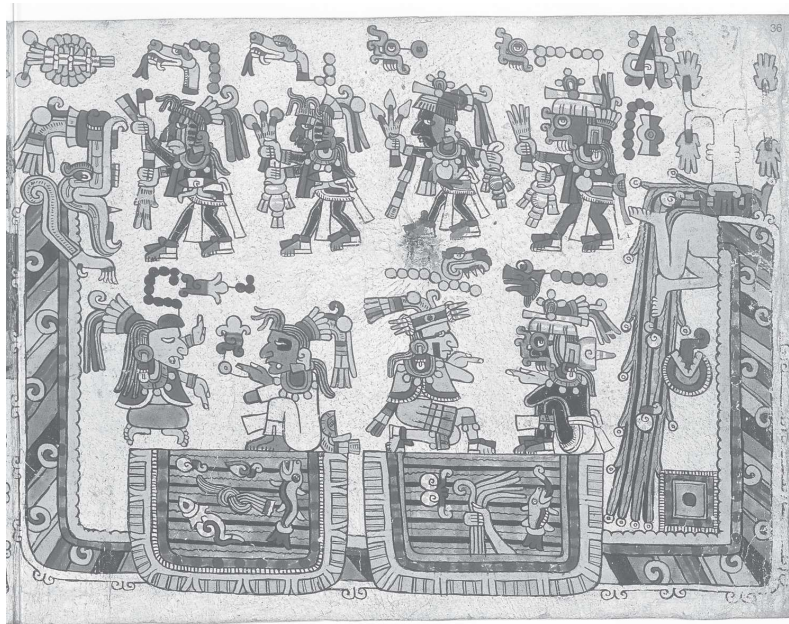


Fig.9 Códice Zouche-Nuttall, f.36 (British Museum, Londres, MSS 39671: Anders, Jansen y Pérez Jiménez 1992)



Fig.10 Los ojos de agua de Carapan, detalle del Lienzo de Pátzcuaro (Basílica de Nuestra Señora de la Salud, Pátzcuaro; Roskamp 1998,

Fig.11a Representación de San Miguel Guarapu en el Mapa de Santa Fe (Roskamp 2011: 160)



Fig.11b Los restos actuales del antiguo cerro y asentamiento de Guarapu (fotografía del autor)

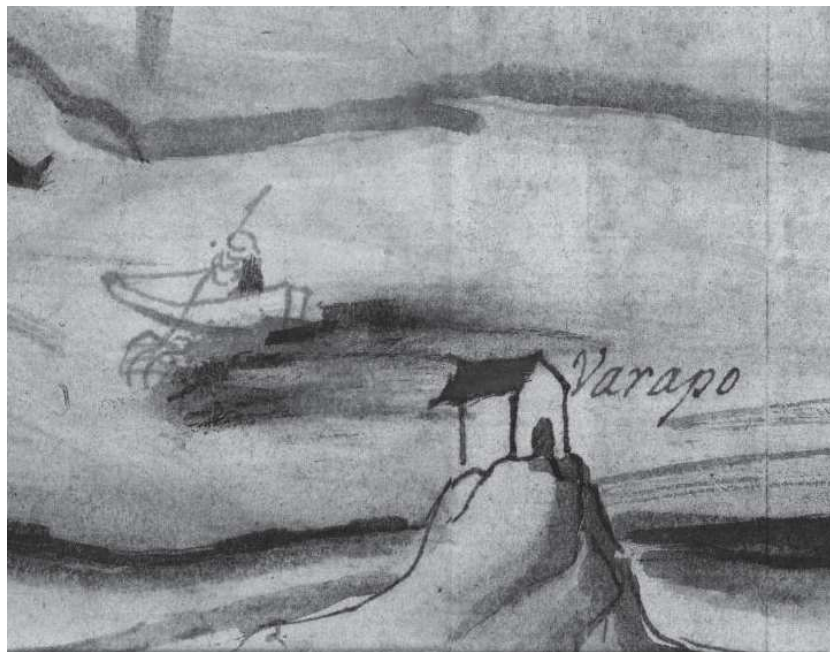


Fig.11c Varapo (Guarapu) en el Mapa del Lago de Pátzcuaro (Seler 1908: 66, il. 17)

Un factor que influye mucho es la inseguridad debida a los múltiples conflictos de índole agrario y político que existen en toda la República Mexicana. En estos casos a menudo no se dan las condiciones adecuadas para investigar títulos primordiales y cualquier otro documento que tenga que ver con la tenencia de la tierra y/o la antigüedad de los pueblos.³ Nuestros propios recorridos en la zona limítrofe de Quiroga para el estudio del *Mapa de Santa Fe*, por ejemplo, se tuvieron que hacer con ciertas medidas de protección. Este tipo de experiencias lamentablemente no son tan excepcionales, como demuestran las numerosas anécdotas al respecto en el ámbito de los colegas etnohistoriadores, arqueólogos y antropólogos, si bien raras veces llegan a mencionarse en las publicaciones académicas.

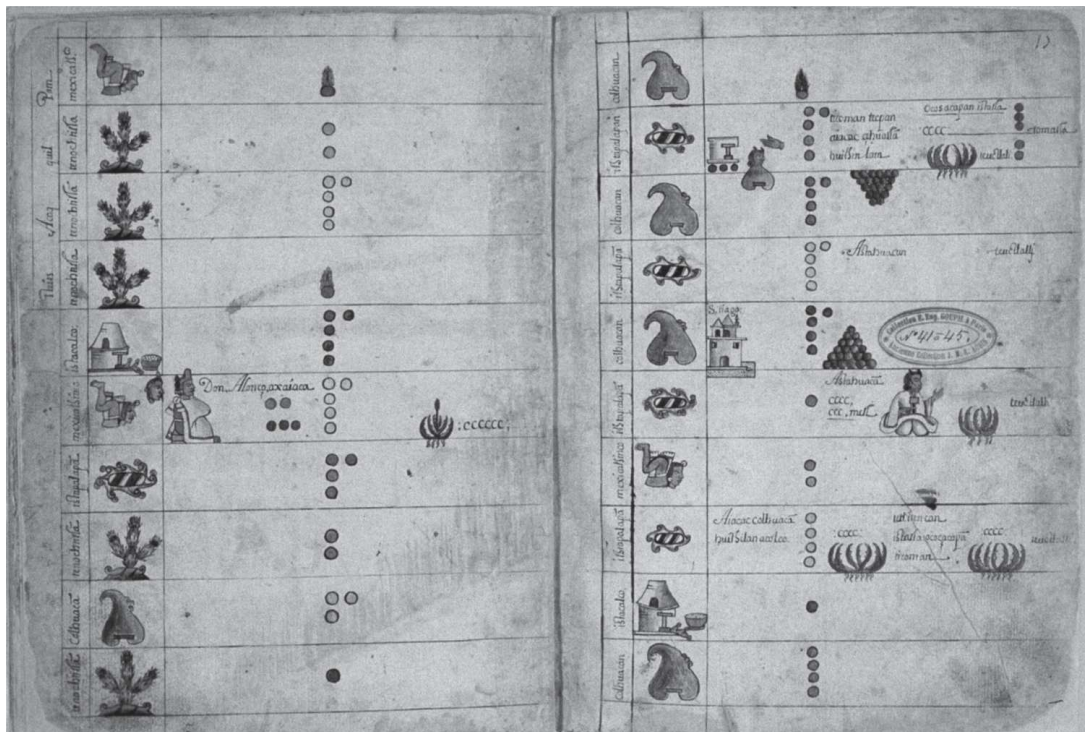
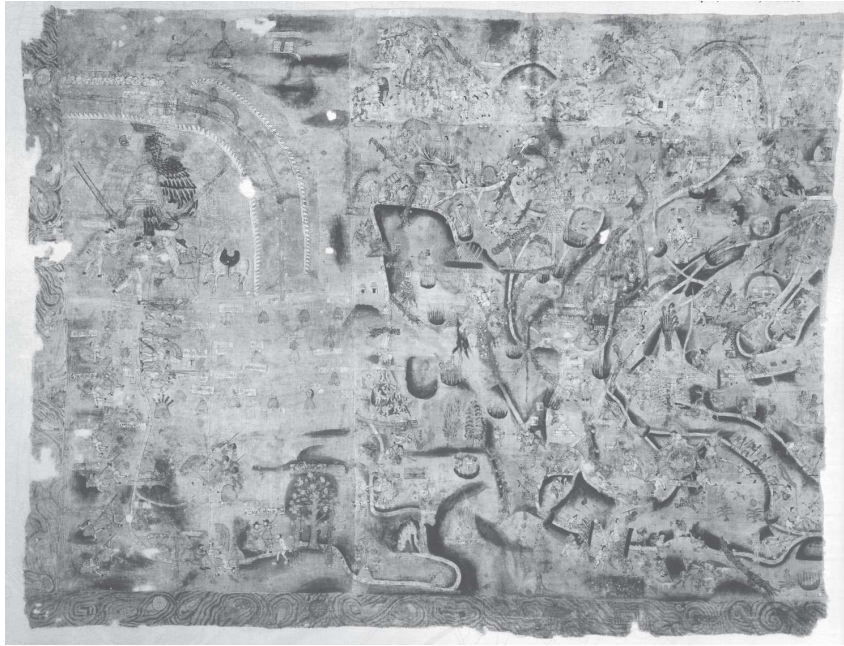


Fig.12 Códice Cozcatzin, fs. 16v y 17r (Bibliothèque Nationale de France, Fonds Mexicain 41-45: Valero 1994)

³ Tampoco podemos dejar de mencionar el preocupante crecimiento de la delincuencia organizada que también ejerce control -y busca refugio- en las zonas rurales e indígenas. Véase, por ejemplo, el caso de la Tierra Caliente y Meseta Tarasca de Michoacán.



**Fig.13 Lienzo de Cuauhquechollan
(Museo Casa del Alfeñique, Puebla; Asselbergs 2004)**

El trabajo de campo también puede complicarse cuando tratamos de analizar documentos que se remiten a áreas geográficas de grandes o hasta enormes dimensiones, rebasando los límites de los estados de la república e incluso de la propia nación. En primer lugar se trata de los mapas que representan las rutas y hazañas de la participación indígena en la conquista de los territorios mesoamericanos. Un caso espectacular es el *Lienzo de Cuauhquechollan* (fig.13) que narra como los habitantes de este lugar en Puebla tomaron el camino costero a Guatemala y emprendieron el sometimiento de esta lejana región bajo el liderazgo de Jorge de Alvarado. Además de las batallas y otros sucesos importantes, se muestran las diversas rutas, poblaciones, cerros y ríos, refiriéndose a una realidad física que mide miles de kilómetros cuadrados (solamente refiriéndome al suroeste mexicano y la región guatemalteca). Teniendo en cuenta que el único lugar identificado anteriormente en el lienzo fue Quauhquechollan, el descubrimiento del referente geográfico del conjunto fue posible solamente a través de la adecuada interpretación de los demás glifos toponímicos y su comparación con la cartografía del centro y sur de México, así como de la República de Guatemala (Asselbergs 2004).

Otros documentos que hacen referencia a enormes extensiones espaciales, son los que narran el origen de los diversos linajes indígenas en regiones lejanas, sus largas migraciones hacia otras partes, la fundación de sus señoríos y el desarrollo de los mismos mediante alianzas matrimoniales y conquistas. Debe tenerse en cuenta que los lugares de salida y los primeros sitios de paso (como Aztlán, Chicomoztoc, Culhuacan, Chalchuihtlahpazo, entre otros) tienen un carácter sobre todo mítico y no han podido ser rastreados en el espacio físico ya que probablemente se trata de proyecciones o espejismos de los destinos finales y de georeferencias globales como el norte o el este. Sin embargo, la mayoría de los demás topónimos y las rutas que los conectan, tienen su contraparte en la realidad geográfica y son identificables mediante la comparación con otras fuentes (incluyendo mapas antiguos) y con la cartografía moderna. El hecho de que los recorridos geográficos también podrían resultar provechosos en estos casos, lo demuestra un ejemplo de Michoacán. Se trata del *Lienzo de Jicalán* (fig.14) que nos describe el origen de los fundadores de este asentamiento (generalmente interpretado como la parte mítica del discurso) y el descubrimiento de rutas mineras, así como la explotación de los recursos minerales (la parte supuestamente más histórica). Aunque muchas representaciones de cerros en el documento parecen ser relativamente estilizadas, los ejemplares en el contexto minero podrían representar protuberancias geológicas específicas. Partiendo de este supuesto, se hizo un recorrido cerca de Churumuco (Río Balsas) y se logró identificar la representación de un cerro asociado a este lugar como el actual cerro de Mayapito (Grinberg 1997: 389-390).

Resulta muy complicado realizar expediciones geográficas y etnográficas que siguen y reconstruyen las largas rutas indicadas en este tipo de documentos. Sin duda existen mayores posibilidades al trabajar con documentos que abarcan una realidad espacial de tamaño más reducido, especialmente la del pueblo y sus posesiones territoriales. Como se dijo anteriormente, la mayoría de la documentación disponible en los diversos archivos se refiere precisamente a esta escala local. Los resultados positivos del trabajo de campo, así como varios factores que influyen en sus alcances concretos, también ya fueron aludidos. No obstante, hay otros puntos que debemos tomar en consideración y que tocan más bien el propio método etnográfico y la

relación con los colaboradores o informantes. Los peligros en el uso de datos etnográficos para la interpretación de documentación histórica (la técnica del “upstreaming”, también presente en el “direct historical approach”) son ampliamente conocidos y siguen formando parte del debate académico entre historiadores, etnohistoriadores, arqueólogos y antropólogos (Chance 1996). Para una óptima comparación entre el pasado y el presente es menester contar con unidades temáticas y no con elementos aislados, conocer su amplio contexto social y cultural, y también tener una buena idea de los procesos históricos que constituyen la conexión entre los fenómenos y épocas a estudiar. Cumplir con esta lista idónea constituye un reto enorme ya que implica llevar a cabo investigaciones que atienden periodos bastante largos, a veces incluso cubriendo más de cinco siglos (de la época de la conquista al presente).



Fig.14 Lienzo de Jicalán (Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México; Roskamp 1998, il. 3)

Un problema muy recurrente al realizar trabajo etnográfico relacionado con cuestiones del espacio físico, son las tensiones que existen entre las visiones académicas y los intereses de las comunidades indígenas o ciertos miembros de ellas, sobre todo en localidades y regiones donde existen conflictos sobre tierras, aguas, bosques y otros recursos naturales. Por ejemplo, al trabajar los títulos de tierras de Carapan (siglos XVII-XVIII), se hicieron amplios recorridos geográficos y se registró la tradición oral relacionada con la fundación del pueblo y sus posesiones territoriales. Este procedimiento no solamente ayudó a la interpretación de la documentación histórica sino también implicó el redescubrimiento de la misma por parte de los habitantes p'urhépecha del pueblo: los documentos habían desaparecido de la localidad hacia fines del siglo XIX y en el marco del estudio fueron devueltos en forma de fotografías y copias. Hubo una excelente colaboración al nivel de la identificación de temas y sobre todo de topónimos de manantiales, cerros, sitios arqueológicos y mojoneas (Roskamp 1998). Sin embargo, hubo diferencias al respecto de la naturaleza de la documentación: mientras que el estudio histórico claramente demuestra que esta pertenece al polémico género de los títulos primordiales de la época colonial tardía, muchos interlocutores locales no dudan de que se trata de documentos prehispánicos o temprano coloniales que contienen la única y verdadera historia del pueblo. Por lo tanto, los escritos y pinturas son empleados -por lo menos por diversos miembros de la comunidad- como pruebas históricas e instrumentos discursivos para defender el territorio carapense y legitimar la petición de su separación de la cabecera municipal (mestiza) de Chilchota y la creación de su propio municipio autónomo (Roskamp 2010: 47, 53).

Las situaciones de tensiones a nivel local y regional por supuesto influyen en la etnografía y en los resultados de la investigación. En el caso carapense se identificaron las posesiones territoriales indicadas en los títulos pero se optó por no publicar ningún mapa que pudiera alimentar los fuertes conflictos entre los diversos pueblos (Roskamp 1998: 215-216, 248). Al dar a conocer el *Mapa de Santa Fe* sí se llegó a elaborar una reconstrucción gráfica pero las zonas limítrofes fueron señaladas de manera muy aproximada, teniendo en cuenta que los intensos problemas sobre tierras entre Santa Fe y Quiroga perduran hasta el presente y han costado un alto

número de vidas humanas (Roskamp 2011). Es necesario siempre asumir una reflexión crítica sobre nuestro trabajo etnográfico y las posibles consecuencias del mismo. El desconocimiento de la situación y/o la solidarización a ciegas con determinados pueblos indígenas en contra de otros -frecuentemente mestizos- puede generar nuevas tensiones o intensificar las que ya existen.⁴

Existe otro punto importante que debe tenerse en cuenta al realizar los trabajos etnográficos. Muy a menudo la duración de las estancias en campo es relativamente reducida y se trabaja con colaboradores o informantes claves para poder analizar los documentos históricos y relacionar sus contenidos con el espacio geográfico actual. Aunque ha resultado ser un procedimiento eficaz, podrían surgir preguntas sobre la representatividad de la información local y de las reconstrucciones que resultan de la misma. En el caso de Carapan se trabajó con un grupo reducido de ancianos y sobre todo con un señor que se convirtió en el guardián de la documentación (en forma de reproducciones) y el referente local más importante en cuanto a la historia del pueblo. Se trata de una persona ampliamente involucrada en las luchas agrarias, movimientos sociales y la política regional. Aunque la investigación académica solamente abarcó algunos meses, la persona en cuestión no ha dejado de difundir los títulos y sus contenidos entre los pobladores. Además, en la década pasada ha continuado su identificación de topónimos que remiten a linderos, modificando también algunas interpretaciones previas. Incluso ha (re)nombrado lugares actuales a partir de los documentos históricos y el territorio señalado en los últimos resulta ser más extenso de lo que pensaba al principio. Obviamente se trata de un proceso legítimo y por varias razones nos debería alegrar el impacto del quehacer académico en las comunidades estudiadas. No obstante, surge la pregunta si este tipo de conocimiento individual es compartido de manera más general y corresponde a lo que podríamos llamar una memoria colectiva.

⁴ Este punto constituye un importante matiz que está ausente en la definición original de la etnoiconología, mencionada arriba, que partía del compromiso del investigador con las luchas sociales y culturales de quienes se ostentan como descendientes de los autores y usuarios de la documentación antigua.

Comentarios finales

El trabajo de campo (de carácter etno- y geográfico) forma una parte medular de la etnohistoria y de la etnoiconología y como tal ha arrojado resultados muy positivos en las investigaciones sobre la documentación geográfica-histórica de los indígenas mesoamericanos. No obstante, sus alcances concretos muestran una considerable variación y de ninguna manera su aplicación puede considerarse como una receta o machote universal que puede aplicarse al estudio de cualquier documento. Si de entrada no se logra identificar el lugar o por lo menos la región donde se elaboró la documentación, será imposible realizar algún trabajo de esta naturaleza. En los casos en que la ubicación geográfica no causa ningún problema, su éxito dependerá en buena medida del grado de las pervivencias y cambios (continuidades y transformaciones) en el entorno geográfico (cerros, ojos de agua, flora, asentamientos humanos, etcétera), la lengua (tradición oral y toponimia) y los usos y costumbres en general (rituales, tenencia de la tierra, explotación de recursos naturales, etcétera). Además de la propia preparación e intereses particulares del investigador, también influyen la accesibilidad y la extensión de la región de estudio, así como la naturaleza mítica o histórica de los documentos antiguos.

Otro factor a considerar es la relación entre los académicos y sus informantes que a menudo tienen intereses distintos en la documentación histórica, sobre todo cuando esta trata de la tenencia de la tierra y/o proporciona información de tipo geopolítica: mientras que los primeros pretenden hacer estudios objetivos, los últimos frecuentemente esperan -o solamente se interesan en- ciertos resultados que les pueden servir en sus luchas políticas, económicas, sociales y culturales. Si bien el investigador puede identificarse e incluso comprometerse con estos movimientos actuales, de acuerdo a sus convicciones personales, es importante que logre separar lo mejor posible su activismo de sus análisis de los documentos históricos, para que no haya interferencia en los resultados. Aún así, la investigación puede tener un gran impacto en las poblaciones estudiadas e incluso revivir o 'echar leña al fuego' de añejos pleitos. Lo anterior nos obliga a una reflexión continua y profunda sobre nuestro papel como investigadores y sobre los efectos de nuestros estudios (que

incluyen el trabajo de campo) tanto al interior como al exterior de los muros de la academia.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Alcalá, Jerónimo de, 2008. *Relación de Michoacán*. Estudio introductorio Jean-Marie G. Le Clézio, Premio Nobel de Literatura. México: El Colegio de Michoacán.
- Anders, Ferdinand, Maarten Jansen y Gabina Aurora Pérez Jiménez, 1992. *Crónica Mixteca, El rey 8 Venado, Garra de Jaguar, y la dinastía de Teozacualco-Zaachila. Libro explicativo del llamado Códice Zouche-Nuttal*. Graz y México: Akademische Druck- und Verlagsanstalt, Sociedad Estatal Quinto Centenario, Fondo de Cultura Económica.
- Anders, Ferdinand, Maarten Jansen y Gabina Aurora Pérez Jiménez, 1994. *El libro de Tezcatlipoca, señor del tiempo. Libro explicativo del llamado Códice Fejérváry-Mayer*. Graz y México: Akademische Druck- und Verlagsanstalt, Fondo de Cultura Económica.
- Asselbergs, Florine, 2004. *Conquered Conquistadors. The Lienzo de Quauhquechollan: A Nahuatl vision of the conquest of Guatemala*. Leiden: CNWS Publications, Researchschool CNWS, Leiden University.
- Barrera, Florencio y Claudio Barrera, 2009. "La falsificación de títulos de tierras a principios del siglo XX". En: *Historias*, núm. 72, pp. 41-63.
- Burke, Peter, 2001. *Eyewitnessing. The Uses of Images as Historical Evidence*, Ithaca: Cornell University Press.
- Castañeda de la Paz, María, 2006. "Un plano de tierras en el código Cozcatzin. Adaptaciones y transformaciones de la cartografía Prehispánica". En: *Anales de Antropología*, vol. 20, núm. 2, pp. 41-73.
- Castañeda López, Carlos y Jorge Quiroz Rosales, 2004. "Plazuelas y la tradición Bajío". En: Efraín Cárdenas García, *Tradiciones arqueológicas*, pp. 141-160. Zamora: El Colegio de Michoacán, Gobierno del Estado de Michoacán.

- Chance, John K., 1996. "Mesoamerica's Ethnographic Past". En: *Ethnohistory*, vol. 43, núm. 3, pp. 379-403.
- Doesburg, Sebastián van, 2001. *Códices cuicatecos Porfirio Díaz y Fernández Leal*. Edición facsimilar, contexto histórico e interpretación. II tomos. México: Miguel Ángel Porrúa, Gobierno Constitucional del Estado de Oaxaca.
- Grinberg, Dora M.K. de, "El Lienzo de Jucutácato y el Legajo 1204, Ramo Indiferente General del Archivo General de Indias". En: Salvador Rueda Smithers, Constanza Vega Sosa y Rodrigo Martínez Baracs (eds.), *Códices y Documentos sobre México: Segundo Simposio*, pp. 381-396. México: Dirección de Estudios Históricos, Instituto Nacional de Antropología e Historia.
- Hoekstra, Rik, 1990. "A Different Way of Thinking: Contrasting Spanish and Indian Social and Economic Views in Central Mexico (1550-1600)". En: Arij Ouweneel y Simon Miller (eds.), *Fifteen Essays on Land Tenure, Corporate Organizations, Ideology and Village Politics*, pp. 60-86. Amsterdam: Centro de Estudios y Documentación Latinoamericanos.
- Jansen, Maarten, 1988. "The Art of Writing in Ancient Mexico: an ethno-iconological perspective". En: *Visible Religion*, Núm. VI, pp. 86-113.
- Martínez García, Raymundo César, 2007. *Códice Techialoyan de San Francisco Xonacatlán (Estado de México)*. México: Gobierno del Estado de México, El Colegio Mexiquense.
- Mundy, Barbara E., 1996. *The Mapping of New Spain. Indigenous Cartography and the Maps of the Relaciones Geográficas*. Chicago and London: University of Chicago Press.
- Oudijk, Michel, 2000. *Historiography of the Bènzàa: The postclassic and early colonial periods (1000-1600 A.D.)*, Leiden: CNWS Publications, Researchschool CNWS, Leiden University.
- Oudijk, Michel R. y María Castañeda de la Paz, 2011. "Cartografía de tradición indígena". En: Maria Teresa Jarquín Ortega y Manuel Miño Grijalva (eds.), *Historia General del Estado de México*, vol. 2, pp. 87-112. Toluca: Gobierno del Estado de México.

- Romero Frizzi, María de los Ángeles, 2001. "La historia es una". En: *Desacatos*, núm. 7, pp. 49-64.
- Roskamp, Hans, 1998. *La Historiografía Indígena de Michoacán: el Lienzo de Jucutácato y los Títulos de Carapan*. Leiden: Research School CNWS, Leiden University.
- Roskamp, Hans, 2002. "La heráldica novohispana del siglo XVI: Un escudo de armas de Tzintzuntzan, Michoacán". En: Herón Pérez Martínez y Bárbara Skinfill Nogal (coords.), *Esplendor y ocaso de la cultura simbólica*, pp. 227-268. Zamora: El Colegio de Michoacán, Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología.
- Roskamp, Hans, 2010. "Memoria, identidad y legitimación en los títulos primordiales de la región tarasca". En: Andrew Roth Seneff (ed.), *Caras y máscaras de México étnico. Las formaciones del Estado mexicano*, vol. I, pp. 39-53. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Roskamp, Hans, 2011. "El mapa de Santa Fe de la Laguna, Michoacán: la defensa territorial de un pueblo-hospital a mediados del siglo XVI". En: Eduardo Williams y Phil Weigand (eds.), *Patrones de asentamiento y actividades de subsistencia en el Occidente de México: reconocimiento a la Dra. Helen Perlstein Pollard*, pp. 141-169. Zamora: El Colegio de Michoacán.
- Sahagún, Fray Bernardino de, 1989. *Historia General de las cosas de Nueva España*. Introducción, paleografía, glosario y notas de Josefina García Quintana y Alfredo López Austin. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, Alianza Editorial Mexicana.
- Sánchez Rodríguez, Martín y Brigitte Boehm Schoendube, 2005. *Cartografía hidráulica de Michoacán*. Zamora: Gobierno del Estado de Michoacán, El Colegio de Michoacán.
- Seler, Eduard, 1908. "Die Alten Bewohner der Landschaft Michuacan". En: *Gesammelte Abhandlungen zur Amerikanischen Sprach und Alterthumskunde*, Band III, pp. 33-156. Berlin: Behrend & Co [reimpresión en 1960-1961 por la Akademische Druck- und Verlagsanstalt, Graz].
- Valero de García Lascuráin, Ana Rita, 1994. *Códice Cozcatzin*, México: Instituto Nacional de Antropología e Historia, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

Ilustraciones

Fig.1 Primera página del Códice Fejérvary-Mayer (Museo de Liverpool, Inglaterra, núm. 12014/M; Anders, Jansen y Pérez 1994)

Fig.2 Mapa de Santa Fe de la Laguna (copia de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, México, núm. 35-105; Roskamp 2011: 160)

Fig.3 Lienzo de Tabaá (copia de la Biblioteca Nacional de Antropología e Historia, México, núm. 35-114; Oudijk 2000, fig. 28)

Fig.4 Escudo de armas de Tzintzuntzan (Archivo General de Indias, Sevilla, Escudos y Árboles Genealógicas, núm. 168; Roskamp 2002: 238)

Fig.5 Códice de Carapan (Museo Regional Michoacano, Morelia: Roskamp 1998, fig. 33)

Fig.6 Título de Jiquilpan (Archivo General de la Nación, México, Colección de Documentos y Títulos de Tierras, caja 13, exp. 3)

Fig.7 Mapa de Teozacualco (Benson Latin American Collection, Universidad de Texas, Austin, JGI xxv-3)

Fig.8 Códice de Chilchota (Museo Regional Michoacano, Morelia: Sánchez y Boehm 2005: 110)

Fig.9 Códice Zouche-Nuttall, f.36 (British Museum, Londres, MSS 39671: Anders, Jansen y Pérez Jiménez 1992)

Fig.10 Los ojos de agua de Carapan, detalle del Lienzo de Pátzcuaro (Basílica de Nuestra Señora de la Salud, Pátzcuaro; Roskamp 1998, il. 38)

Fig.11a Representación de San Miguel Guarapu en el Mapa de Santa Fe (Roskamp 2011: 160)

Fig.11b Los restos actuales del antiguo cerro y asentamiento de Guarapu (fotografía del autor)

Fig.11c Varapo (Guarapu) en el Mapa del Lago de Pátzcuaro (Seler 1908: 66, il. 17)

Fig.12 Códice Cozcatzin, fs. 16v y 17r (Bibliothèque Nationale de France, Fonds Mexicain 41-45: Valero 1994)

Fig.13 Lienzo de Cuauhquechollan (Museo Casa del Alfeñique, Puebla; Asselbergs 2004)

Fig.14 Lienzo de Jicalán (Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, México; Roskamp 1998, il. 3)